

EL SEÑORÍO DE LA ESPADA EN JERUSALÉN:

David, el hombre

POR ANDREA SALAMOVICH DE ROSENBERG

Hemos abordado en anteriores artículos los sendos sacrificios de Abraham y de Job, a quienes la fe exigió todo y nada garantizó, porque la fe no entiende de garantías. Les vimos despojados de lo más amado, desnudos por la voluntariosa mano de Hashem, les vimos con la cabeza gacha en señal de humildad y de acatamiento, y si surgió de pronto el alarido del cuestionamiento —por qué a mí, si he sido tu mejor siervo, ¡por qué a mí!—, terminó éste acallado por el amor incondicional a D's. La réplica aquella, de que al fin ambos fueron recompensados, y al patriarca se le concedió el renacer del hijo de su vejez, doblemente querido ahora que había sorteado la muerte, en tanto que a Job le fue incrementado el patrimonio perdido, poco significa a la hora de sopesar el insondable dolor de ambos, la ausencia de un sentido en las exigencias supremas.

¿Habrá soportado el impetuoso David tales despojos y pruebas? ¿No es más bien en sus titubeos, en sus impetuosos apetitos, en sus triunfos y derrotas, un espejo nuestro, un hermano mayor, tanto más alcanzable a nuestra mano en todo su terrenal peso que las figuras ingravidas, casi celestes de Abraham, Moisés, Job, entre otros? Conviene preguntarse también si exige el judaísmo un modelo humano o comprende la imperfección, y si más que pruebas universales diseñaría D's una a la medida de los rasgos de cada espíritu en particular. Porque no otro que David era el indicado para conducir al pueblo de Israel a su más crucial paso político de la antigüedad.

Causalidad versus casualidad

Dejemos por un momento la discusión filosófica que enfrenta en esquinas irreconciliables a azar y destino predeterminado. Y es que si nos centramos en información de nuestro legado sacro para extraer algunas luces aclaradoras de la persona de David, de su tarea y perfil, debemos aceptar las reglas del juego impuestas por un marco religioso; hablan éstas de un arbitrio Todopoderoso de D's, mas entramado con el libre albedrío de cada cual, por la personal elección entre bien y mal. La casualidad no es aquí admisible, como tampoco una ciega causalidad.

Atendiendo a esta premisa, es válido reflexionar acerca del momento histórico que ocupa David como gran cabeza visible de Israel por cuarenta años. ¿Porqué es él el elegido para guiar los destinos del pueblo en vez de algún sabio mayor? ¿Porqué es elegida la espada por sobre el báculo, el guerrero por encima del santo varón, al imperfecto líder carnal y apasionado en lugar del mesurado y espiritual justo?

Es posible que exista una razón para todo ello, una elección divina detrás del caudillismo de David. Más adelante veremos el motivo. Por ahora, concentrémonos brevemente en la figura de aquel mozo que llegaría a rey al cumplir apenas los treinta años de edad.

Ese chiquillo hijo de Isai

Sabemos que en una comarca rural de la tribu de Judá, en la ciudad de Bet-Lejem, vivía el viejo Isai con sus siete hijos varones, de los cuales David era el menor, acaso el más intrépido, capaz y hermoso entre todos, como estipula esa antigua predilección judaica —pensemos en José— por los benjamines. Sabemos también que el profeta Samuel predijo que este chiquillo de campo sería una vez rey de Israel, y le ungió con sagrado aceite en el más estricto de

• *Le imagino moreno de tez, los ojos vivaces, la sonrisa pícaro, los negros rizos cubriendo su orgullosa testa semita, ungida, real. Le imagino hartándose de vino y frutas, sin huírle a los placeres. Le imagino hastiado de los consejos del profeta Natán, excusándose con D's, espiando la desnuda belleza de una Betsabé ya desposada, entrando con el Arca de la Alianza en Jerusalén, rasgándose las ropas por Absalón, huyendo de la furia de Saúl, tensando el arco de la honda que heriría de muerte con una piedra lisa en la frente al gran filisteo. Y es que, a diferencia de los ancianos venerables, cúspides de perfección de nuestros textos sacros, como Abraham y Moisés, encarna David la pasión, la juventud, la trasgresión, el castigo. Rey de reyes, supo de caminar errático, de rectificación y fue, más que un santo, un guerrero. Hombre, al fin. Pero he aquí que nada es vano ni mucho menos gratuito: las manos ensangrentadas del hijo de Isai le valdrían la pena de no ser él el encargado de levantar el Gran Templo de Jerusalén. Para esta labor santa se requería del hálito de un hombre de paz, y este no sería otro que su propio hijo, Salomón. David, Melej Israel, jai, jai ve kayam... la vida judía de ese momento histórico en particular, y así lo veremos, requería de este individuo de vivos apetitos y rauda espada, empuñada ésta también por la diestra de D's.*

los secretos. Y por "eso que el azar no nombra", como decía el buen Borges, y que por eso mismo no puede ser azar, fue llevado a Gabaa con la misión de tocar el arpa a fin de curar la melancolía —trastorno bipolar, diríamos hoy— del entonces soberano, Saúl. Los cortesanos se referían a aquella melancolía llamándole "el espíritu malo de parte de D's", por lo que no es difícil concluir que Saúl estaba consciente de estar perdiendo el favor divino.

"¿Es que soy un perro para que vengas a mí con palos?", fue la airada reacción del gigante Goliat al ver que se le aproximaba un atlético y fibroso pero inexperto David, desprovisto de armaduras, sólo con una honda y cinco piedras lisas en el morral. Téngase presente: David no fue elegido por el pueblo para esta lid, la verdad es que fue el único en ofrecerse ante la talla colosal del adversario filisteo. No llevaba espada porque Hashem lucharía por medio suyo, había dicho. Dos claves importantes: David entra en la escena pública mediante un acto de sangre, y es D's mismo quien entrega en sus manos la cabeza del filisteo idólatra. Como recompensa, Saúl hace del mozo su protegido y le entrega como esposa a su hija menor, Mijal.

Guerra, deseo y duelo

No entraremos en la neurótica persecución de Saúl, celoso de la gracia y provenir real de David. Nos atendremos a unos pocos episodios puntuales. Para empezar, y siguiendo en la línea del guerrero, lo primero que hizo David tras ser proclamado rey por todas las tribus hebreas, fue aguzar las lanzas para barrer a los pueblos extraños de en medio de los israelitas.

Luego, está el popular episodio de Betsabé. Se supone que el ungido vio a la mujer de mítica hermosura mientras se bañaba ésta en su terraza; ante la exuberante desnudez, el hombre fue seducido, realizó averiguaciones acerca del objeto de su deseo, enterándose de que la moza era mujer casada, y nada menos que con Uría el heteo, valeroso capitán de una de las compañías de sus soldados. Pero no se detuvo el hijo de Isai ante el mandamiento que reza que no habrás de desear a la mujer de tu prójimo; la libido, el deseo carnal pudo más, e

hizo lo impensable: emplazó al general Joab para que colocase a Uría, cual carne de cañón, en primera fila del combate contra los amonitas. Muerto el esposo, la viuda fue llevada para segundas nupcias a palacio.

Encolerizado Natán, el profeta, augura una desgracia en el seno del propio hogar del rey, tercer hecho de sangre aquí referido: por intrigas incestuosas, de las que nunca faltan en una vida palaciega que se precie de tal —desde la corte hebrea hasta la de Versalles—, el príncipe Absalón se autoexilia temeroso de la ira paterna, y aprovechándose del amor del pueblo reúne un grueso contingente de hombres para tomar el trono por la fuerza. El asunto termina con la revuelta abortada y con el hijo pródigo ensartado entre las filosas ramas de un alcoraque; a David la victoria de sus huestes le sabe a agraz y duelo, reptar por el suelo, rasga su túnica, derrama cenizas sobre su cabeza, gimotea, grita: "¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!". El insufrible duelo judío, más aún por la muerte de un hijo, tiene aquí un referente notable.

Velará la espada sobre Jerusalén

Moisés, rabino entre rabinos, quizás mareado por cuatro décadas de sol desértico, comete un pequeño error de egolatría a las puertas de Sión, y por eso le son negadas la leche y la miel que tanto pregonara. En cambio, David hace las mil y una y aún así entra en Jerusalén con prestancia de Mesías. Pareciese que, en efecto, Hashem tuviera varas de todos los portes a la hora de dar nalgadas. En cuanto a la imperfección, la lectura del Antiguo Testamento su-

giere que a cada quien se le exige el grado de perfección que ameritan sus posibilidades, sus propias limitaciones unidas a un contexto determinado, sin caer eso sí en un relativismo moral. Por eso la belleza de Betsabé cuesta a David la vida de dos hijos.

Vamos al meollo de este escrito. David protagonizó la concretización de la promesa que D's hiciese a Abraham y que alcanzó con Moisés un cariz espiritual y geográfico: se instaló en una fortaleza en Sión, convirtiéndolo en corazón y referente eterno del mundo judío, y designó a Jerusalén capital nacional y única del pueblo. Este capítulo no tiene parangones en cuanto a su importancia para nuestros anales, ya que otorga un cariz político a la ciudad de David, a la ciudad luz, uniéndolo de manera indisoluble a su carácter religioso, hecho simbolizado por el traslado del arca de la alianza al centro del poder. Derechos políticos y religiosos de los judíos sobre Jerusalén quedan pues asentados e indisolublemente unidos, en un momento histórico determinado —siglo XI A.E.C.— bajo una organización monárquica limitada por la ley. De allí arranca nuestra potestad, anunciada milenios antes, la que nuestros enemigos, por cierto, nos niegan.

La pregunta continúa en pie: Por qué David. Las respuestas pueden ser múltiples, pero me atreveré a ofrecer una tesis particular: David, el guerrero, el imperfecto, el impulsivo, con su historial de sangre y gloria y sensualidad auestas, fue el ungido de D's para custodiar las murallas de Jerusalén porque desde aquel principio hasta los días que corren habríamos de estar alertas, vigilantes, con la espada desenvainada para defender nuestro más preciado tesoro de los acechos externos.

David representa el origen simbólico de una tradición, muchas veces dolorosa pero necesaria, de más de tres mil años, tras la cual no hay azar sino un designio divino y una lucha humana elegida —ya que D's escogió expresamente a David— que sugiere que el centro espiritual, religioso, político y geográfico del judaísmo tendría que ser cuidado también por la fuerza, ya que la amenaza no capitularía jamás. Qué tristemente contemporánea aparece esta cuestión, hoy, si hoy, cuando el báculo ha sido pisoteado, el anciano desoído, y los nuevos Davides continúan la incesante batalla por hacer valer unos derechos innegables.

SOLTERO

Buena posición, desea conocer dama soltera o separada menos de 40 años para formar linda familia. Reserva absoluta.

ESCRIBIR A CASILLA 16867 CORREO 9 SANTIAGO 9 SUCURSAL PANORÁMICO

BODEGAS INDIVIDUALES

AMB ESPACIO-UTIL

LIBERE ESPACIO EN SU: OFICINA - LOCAL - TALLER - CASA - DEPARTAMENTO

➤ USTED PONE SU PROPIO CANDADO Y SE LLEVA LA LLAVE, ENTRADA CAMIONES, EXCELENTE UBICACIÓN Y ACCESO, LIBRE DE PAGO PEAJES, CONTAINERS SÓLIDOS Y ASÍSMICOS, MÁXIMA SEGURIDAD, SANTIAGO CENTRO.

FONO FAX: 69.73.197

RIQUELME 740 (entre Rosas y San Pablo, frente a Falabella)
Fono Móvil: 9-234 9561 - e-mail: ambcontainer@yahoo.com